

# **SU PEOR PESADILLA**

**Andrea Mara**

Traducción: Carmen Bordeu

MÓTUS

# **PRIMERA PARTE**

**Noviembre de 2018**

# CAPÍTULO 1

## Marissa

*Viernes*

LA CASA PARECÍA UNA CASA cualquiera y la puerta parecía una puerta cualquiera. Corriente. Un poco genérica. No lo que Marissa esperaba. Tocó el timbre y dio un paso atrás. ¿Qué esperaba? Algo un poco más imponente, tal vez. Jenny fue muy arreglada a la reunión social del colegio, y Marissa se dio cuenta de que se había formado una imagen que no encajaba demasiado con esta casa de aspecto tan ordinario y su puerta tan ordinaria.

Mientras esperaba, su mente repasó todo lo que habían planeado para el fin de semana. Tendría que ir a la oficina en algún momento —faltaban pocas semanas para la auditoría— y tenía que revisar el expediente Fenelon de nuevo. Luego, tenía su partido de tenis, el club de lectura..., mierda, todavía no había terminado el libro.

Pasos. Y una sombra a través del cristal cuando Jenny se acercó y abrió a puerta. Solo que no era Jenny. La mujer era baja, con una mata de rizos castaños rebeldes y un paño de cocina en la mano. ¿La niñera, quizás? Aunque no se parecía mucho a las niñeras y *au pairs* que Marissa veía cuando dejaba a Milo en el colegio cada mañana.

—Hola, soy Marissa. Vengo a recoger a mi hijo, Milo —le dijo a la mujer.

—Ah, te debes de haber equivocado de casa, aquí no hay nadie llamado Milo.

—Vaya —exclamó Marissa, y sacó el móvil de su bolso—. Lo siento mucho, déjame ver... —Pulsó en el mensaje de Jenny y leyó en voz alta—. Tudor Grove 14... —Miró a la mujer—. Lo siento, ¿qué número es este?

—Es el catorce, pero aquí no hay ningún Milo. Solo yo.

Marissa meneó la cabeza y volvió a mirar el texto, como si hubiera podido cambiar en los segundos transcurridos. Se lo mostró a la mujer.

—No me estoy volviendo loca, ¿verdad? Aquí dice Tudor Grove 14.

La mujer asintió.

—Alguien te dio mal la dirección. Seguro, llámale y verás.

La mujer comenzó a cerrar la puerta y fue entonces cuando Marissa experimentó la primera punzada de inquietud. Era la misma sensación del fin de semana pasado cuando no podía encontrar a Milo en el parque... Estaba allí en alguna parte, por supuesto que sí, pero no podía relajarse hasta que lo viera. Y segundos después lo vio. Pero entonces no lo veía. Entonces, Milo estaba en la casa de Jenny y la mujer que no era Jenny estaba cerrando la puerta.

—¡Espera! Lo siento, ¿te importa si me quedo aquí mientras llamo, por si ha habido alguna confusión?

Los amables ojos castaños de la mujer sugirieron que no tenía ni idea de a qué tipo de confusión se refería Marissa, pero mantuvo la puerta abierta. Marissa pulsó el botón de llamar en el mensaje de Jenny y esperó a que sonara el timbre. No hubo ningún timbre. Solo un mensaje automatizado.

“El número marcado existe.”

La inquietud se convirtió en un leve pánico.

—No funciona —dijo Marissa a la mujer con voz ronca.

—Pasa —la invitó la mujer, y abrió la puerta del todo—. Debe de ser una tontería. Algún fallo de la compañía telefónica, sin duda. —Continuó hablando mientras Marissa la seguía a la cocina, sin dejar de llamar a Jenny. Pero el mensaje era siempre el mismo.

“El número marcado no existe.”

—Esta persona a la que intentas llamar, ¿quién es?

—Jenny. Una mamá del colegio. Mi hijo Milo fue a jugar a su casa con su hijo Jacob. Esta es la dirección que me envió para que lo buscara. —Las palabras brotaban en ráfagas cortas y jadeantes.

Le mostró a la mujer el mensaje de Jenny.

**La dirección es Tudor Grove 14. Si todavía no he llegado del trabajo, Carrie, la niñera, estará allí con los niños.**

La mujer ladeó la cabeza con desconcierto.

—No tiene sentido —agregó Marissa—. Si esta es su dirección, ¿por qué no está ella aquí? —Su respiración se hizo más corta, más rápida—. ¿Por qué Milo no está aquí?

—¿No has estado nunca antes en su casa?

—No, no. Milo acaba de empezar el colegio este año y es la primera vez que Jacob lo invita a jugar. —Tragó saliva e intentó inspirar y espirar más despacio—. Conocí a Jenny en la reunión social del colegio y me pareció encantadora..., no entiendo qué está pasando. ¿Cómo pudo equivocarse con su propia dirección?

—¿Tienes el número de alguna otra madre de la clase? Podrías llamarla para pedirle la dirección correcta.

Por supuesto. Eso era lo que tenía que hacer. Sarah Rayburn tendría el número de Jenny con toda seguridad. Sarah conocía a todo el mundo. Habría una explicación sencilla. Marissa buscó el número de Sarah y lo marcó. Sarah contestó con voz sorprendida.

—¿Cómo estás, Marissa? —exclamó en un tono que significaba: “¿Por qué me llamas a las cinco y media de un viernes?”.

—¿Tienes el número de Jenny Kennedy, Sarah? ¡Milo ha ido a jugar con Jacob, pero Jenny me dio una dirección equivocada y ahora no tengo ni idea de adónde ir a buscarlo! —Marissa se rio, pero la risa sonó histérica.

—Debe de haber algún error, Marissa. ¿Puedes haberte confundido de día?

—¿Qué quieres decir?

—Milo no puede estar jugando con Jacob, Jacob está aquí, en casa.

Fue entonces que se le doblaron las piernas. El teléfono cayó de su mano, se desplomó contra la pared y clavó la mirada en la mujer.

—No sé dónde está mi hijo —susurró y se deslizó hasta el suelo de la desconocida.

## CAPÍTULO 2

### Marissa

*Viernes*

SE LLAMABA ESTHER —LA DUEÑA de la casa que no era de Jenny—, Marissa la oyó decirlo a medias cuando la mujer recogió el teléfono del suelo para hablar con Sarah.

—Estoy aquí con tu amiga, que se ha llevado un buen susto. —Esther hablaba por teléfono mientras se inclinaba junto a Marissa—. Esto... Sarah, ¿no? ¿Tienes el número de esta mujer, de Jenny?

Se acercó a la mesa, y con el teléfono sujeto entre el hombro y la oreja, escribió algo en el reverso de un sobre.

—Perfecto. La llamaremos. O sea, que el niño de Jenny está en tu casa. ¿Estás segura? Por supuesto, lo entiendo. Sí, te avisaremos. Adiós. Adiós.

Esther miró a Marissa mientras colgaba.

—¿Quieres que lo haga yo, que llame a tu amiga?

Marissa volvió a asentir. Solo que Jenny no era su amiga. Se habían visto una sola vez, aquella noche en la reunión social del colegio. Habían conectado bien después de darse cuenta de que tenían puesto el mismo vestido: “O nos evitamos toda la noche o nos reímos y nos sacamos selfis”, había sugerido

Marissa a Jenny, una mujer tímida de Cork que parecía divertida detrás de su apariencia tranquila. Así que cuando Jenny le había enviado un mensaje de texto para invitar a Milo a jugar con Jacob, Marissa no lo había pensado dos veces: se *conocían*, por el amor de Dios, no era como enviar a tu hijo a la casa de una desconocida. ¿O sí? Dios, ¿lo era?

Había algo en el rostro de Esther mientras esperaba con el teléfono en la oreja y los ojos fijos en Marissa. Luego, su expresión cambió.

—Hola, ¿Jenny? No me conoces, pero estoy aquí con tu amiga Marissa. ¿De la clase de tu hijo? Sí. Ella pensaba que su hijo estaba en tu casa hoy, parece que hay un malentendido. Ahora voy a ponerte el manos libres. —Puso el móvil en la mesa de la cocina.

—Hola, lo siento, estoy fuera por trabajo, estoy en Francia —dijo la voz en el teléfono—. No habíamos quedado para que niños jugaran hoy en casa. Jacob está en casa de Sarah Rayburn.

—Pero me enviaste un mensaje —precisó Marissa—. ¿No me mandaste un mensaje de que se quedaba en tu casa?

—No, no te he enviado ningún mensaje... No sé qué ha podido pasar. Escucha, ¿no hay otro Jacob en la clase? ¿Podría ser eso?

Esther levantó las cejas hacia Marissa. ¿Podría ser eso lo que había pasado?

¿Desde luego! Jacob... ¿Wilcox? Tenía que ser eso. Dios, qué idiota era, todo el lío que había armado. Empezó a ponerse de pie y, luego, se detuvo. Eso solo tenía sentido si la otra madre también se llamaba Jenny. Y todavía no explicaba por qué le había dado la dirección equivocada.

Marissa se incorporó y cogió el teléfono de la mesa.

—¿Podrías mandarme el número de la madre de Jacob Wilcox, Jenny?

Cuando el pitido agudo sonó segundos después, Esther y

Marissa miraron el contacto enviado sin decir nada. El nombre de la madre no era Jenny, por supuesto. Pero podía haber alguna explicación, algo que tuviera sentido cuando hablaran con ella.

Esther llamó y volvió a poner el teléfono en manos libres.

Después de lo que pareció una eternidad, alguien contestó.

—¿Hola? Lo siento, espera que voy a salir —explicó una voz metálica y aguda—, estoy en un bar y no se oye nada.

Esther miró a Marissa y abrió la boca para hablar.

—Hola, soy una amiga de Marissa Irvine; Milo, su hijo, está en la clase con tu hijo Jacob y nos preguntábamos si Milo no estará en tu casa hoy.

—No, Jacob está con mi suegra. Lo siento, estoy en una fiesta de la oficina y no se escucha nada. ¿Por qué supuso que estaba en mi casa?

—Ha sido un malentendido, gracias por tu tiempo —respondió Esther, y cortó. Se volvió hacia Marissa—. ¿Y el padre de Milo? ¿Y si fue a buscarle al colegio y se olvidó de avisarte?

Peter. Podría ser. Un alivio prematuro invadió a Marissa mientras marcaba el número de su marido.

—¡No me digas nada, lo sé, es noche de pizza! —exclamó él cuando contestó—. Tengo que enviar una última tanda de documentos y voy para casa. ¿Se ha divertido el Ratón Milo con su amigo?

—¿No está contigo, Peter?

—¿Milo? No, todavía estoy en el trabajo. ¿Ha pasado algo? ¿Por qué no está contigo?

—Lo habían invitado a jugar y cuando vine a buscarlo no estaba. Pero era la casa equivocada, la madre me dio mal la dirección —soltó ella en un único suspiro de pánico.

—¿Por qué no la llamas para que te dé bien la dirección? —aventuró Peter.

—Lo hice, pero no era ella. —Sabía que lo que estaba diciendo no tenía sentido—. La persona que me envió la

invitación dijo llamarse “Jenny”, pero no era la Jenny que conozco. Y el número está fuera de servicio.

—Pero me imagino que la llamaste para confirmar la invitación, ¿no?

—No, quedamos por mensaje. —Oh, Dios, debería haber llamado. ¿Por qué no había llamado?

—De acuerdo, voy para casa, tenemos que llamar a la policía, ¿puedes llamar tú? Y, después, empieza a llamar por teléfono a todos los padres de la clase. Te veré en casa.

Marissa colgó y marcó el 999.

Al final, Esther llevó a Marissa a su casa para que pudiera concentrarse en hacer las llamadas. De todos modos, Marissa no creía estar en condiciones de poder conducir. Le temblaban las manos al marcar cada número, y siempre obtenía la misma respuesta: “No, aquí no está.” “¿Puedo hacer algo para ayudar?” “Debe de ser una confusión.” Las voces preocupadas teñidas de alivio, “Gracias a Dios que no es mi hijo” debajo de cada “Avísanos cuando sepas algo”, adiós. Cuando se detuvieron en el camino de entrada, Marissa se bajó de un salto, segura de que Milo estaría allí, sentado en la puerta, que de alguna forma se las había ingeniado para regresar del colegio por su cuenta. Gritó su nombre una y otra vez y fue a mirar alrededor de la casa, preguntándose si sería capaz de trepar la puerta lateral y llegar al jardín trasero. Dentro de la casa, corrió hasta la puerta trasera y la abrió con manos temblorosas, luego salió al jardín, sin dejar de gritar su nombre. Nada. Nadie.

Esther la había seguido al interior y estaba de pie en la cocina.

—Dos policías de la Garda\* acaban de llegar en un coche.

---

\* La Garda Síochána na hÉireann, conocida comúnmente como la Garda, es la institución de la policía nacional de la República de Irlanda. (*N.* de la *T.*)

Lo solucionarán, ya lo verás, no te preocupes. Siéntate aquí —le indicó, y palmeó un taburete en la barra de desayuno.

Marissa no se sentó. Sacó su móvil del bolsillo y marcó el siguiente número, pero era uno al que ya había llamado. Estaba perdiendo la cuenta y se estaba quedando sin nombres. ¿Habría más padres de los que tenía en su teléfono? ¿Lo sabría Ana? Espera, ¿podría esto tener algo que ver con Ana? Tal vez no se había ido después de todo.

El timbre sonó, aunque la puerta principal estaba abierta. Marissa divisó a los dos agentes en el escalón de entrada y les hizo una seña para que pasaran.

—Tengo que llamar a Ana, mi *au pair* —explicó antes de que ninguno de los dos tuviera la oportunidad de hablar—. Se ha tomado el día libre porque se va de viaje este fin de semana, pero tal vez me confundí de fin de semana, quizá ha recogido a Milo...

Pulsó el número de Ana y esperó mientras sonaba, con el móvil apretado con tanta fuerza contra la oreja, que le dolía. No hubo respuesta. Lo intentó de nuevo. Nada.

—Señora Irvine —dijo una oficial, una mujer rubia de unos treinta años que parecía severa pero no antipática—. Soy la sargento McConville y él es Breen, agente de la Garda. —Señaló con la cabeza a su colega, un hombre alto y delgado con expresión de cierto aburrimiento—. ¿Puede decirnos qué ha pasado?

Marissa obedeció, mientras Esther preparaba té y el agente llamado Breen tomaba notas. Hizo una pausa cada pocos minutos para volver a llamar a Ana, pero siguió sin obtener respuesta. Probó con el número en el texto de “Jenny” y les mostró la pantalla a los policías.

—No está operativo, pero no sé qué significa eso.

Los policías no se miraron entre sí, pero Marissa percibió un intercambio tácito. Significara lo que significara, un número fuera de servicio no era algo bueno.

—¿Cuántos años tiene su hijo, señora Irvine?

—Poco más de cuatro —respondió Marissa con la voz quebrada, y volvió a llamar al número de Ana.

El sonido de una llave en la puerta la hizo levantarse de un salto y correr hacia el vestíbulo. Peter entró, pero solo, sin Milo trotando detrás de él. Poco a poco, las posibilidades se le iban escurriendo de las manos.

—¿Dónde está Milo, Peter? —exclamó y dejó caer la cabeza en el pecho de su marido. Él la abrazó y hundió el rostro en el cabello de ella.

—Todo irá bien, te lo prometo, lo encontraremos. ¿La policía está en la cocina?

Marissa asintió y lo guio para presentarle a McConville y Breen, y a Esther también, a quien describió como la verdadera residente de Tudor Grove 14.

Breen, que con su pelo rubio claro y su tez sonrosada parecía como si acabara de graduarse, estaba en un rincón hablando por el móvil. ¿Buscando al titular del número de “Jenny” tal vez? Marissa intentó escuchar, pero la voz del oficial era poco más que un murmullo.

—¿Podría Ana saber algo? —preguntó Peter.

—No contesta el teléfono. Se supone que está en Galway con su novio, y por alguna razón no contesta.

Se miraron fijamente, sin saber qué decir.

McConville se aclaró la garganta, con sus ojos grandes y grises todavía serios, pero también comprensivos.

—Me pregunto si podrían darme una foto reciente de Milo.

Fue entonces cuando la realidad golpeó el pecho de Marissa como una maza. No era una confusión. Su hijo estaba oficialmente desaparecido.